LA PENA NEGRA

Sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, con música de los maestros

VALVERDE (hijo) y TORREGROSA

Estrenado en el Gran Teatro, de Madrid, en la noche del 30 de octubre de 1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCILA	Srta. Loreto Prado.
CARMEN	Sra. Franco.
SEÑÁ ANTONIA	— Castellanos.
EUSTASIA	Srta. Blanc.
SEÑÁ LORENZA	— López.
SEÑÁ ROSA	— Anchorena.
INVITADA 1.ª	— Román.
QUINTINA	— Girón (D.)
Una VECINA	Sra. Martín (P.)
Una NOVIA	Srta. García.
Una NIÑA	Niña Girón (C.)
SEÑOR BALBINO	Sr. Chicote.
SERAFÍN	— Llaneza.
LADISLAO	— Ponzano.
SEÑOR VALERIANO	— Amato.
Un CARRETERO	— Ripoll.
TESTIGO 1.º	
SEÑOR MANFREDO	— Soler.
TESTIGO 2.º	
SEÑOR RÉGULO	— González.
SEÑOR METODIO	— Delgado.
LIBORIO	— Morales.
El DUEÑO DEL MERENDERO.	
El PINTURAS	— Castro.
TESTIGO 3.º	
Un NOVIO	— Fernández (G.)
INVITADO 1.º	— Bermúdez.
El CHICO DEL MERENDERO.	— Díez.
DONISIO	Niño Girón (A.)
CHICO 1.º	— Girón (M.)
IDEM 2.º	Niña Girón (J.)

Invitados, Invitadas y varios Chicuelos.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un trozo de la ronda de Valencia. A la izquierda y en primer término, en un chiscón construído con tablas pintadas y techumbre de cinc, hay establecida una barbería de quince céntimos y «cara al sol». A los lados de la puerta, sillones para los servicios; en una mesita pequeña, útiles de afeitar, como navajas, bacías, paños, etc. Sobre la puerta un letrero mal pintado que diga: SALÓN DE BARBERÍA. NO SE AZMITEN PROPINAS. En el mismo lado, y colocada de izquierda a derecha hasta mitad de la escena, se verá la valla de un solar que continúa en ángulo hasta cerca del foro. Próxima a este ángulo y frente al público, la valla tiene una puerta practicable. Entre la barbería y la valla hay espacio para una calle. A la derecha, en primer término, una taberna de pobre aspecto con puerta practicable. En la calle, y frente a la puerta, dos mesas, y alrededor, banquetas. Sobre la puerta, un letrero que dice: VINOS. Cerca del foro queda un espacio a manera de plaza, formado por las casas de la derecha y la valla del solar que da frente a estos términos, y en este espacio desemboca una calle bastante ancha. El foro lo constituyen casas y solares. Es de día; un día de invierno de sol muy claro.

ESCENA PRIMERA

QUINTINA, EUSTASIA, SEÑÁ ROSA, VECINA 1.ª, UNA NIÑA, SEÑOR RÉGULO, el PINTURAS, LIBORIO, CHICOS 1.º y 2.º Al levantarse el telón aparecen todas estas personas en la forma siguiente: QUINTINA, la SEÑÁ ROSA y VECINA 1.ª,

sentadas junto a la valla del solar. QUINTINA y la SEÑÁ ROSA cosen al sol, puestos en la cabeza los pañuelos formando pantalla. La VECINA 1.ª peina a una niña que estará sentada en el suelo, entre las piernas de su madre. EUSTASIA, un poco más lejos, lava ropa en un barreño sostenido sobre un cajón. LIBORIO, sentado en el suelo y apoyada la espalda en la valla, lee un periódico. El SEÑOR RÉGULO, a la puerta de la barbería, pasa por la badana varias navajas de afeitar. El PINTURAS trata de obligar a un perrito a que se sostenga sobre las patas traseras. CHICOS 1.º y 2.º, en la parte derecha del foro, vuelan una cometa que se ve remontarse por las bambalinas.

EUSTASIA.—*(Dando jabón a la ropa y restregándola luego, canta un tiento.)*

¡Ay, ayayay, ay, ayayay! ¡Ay, ayay!...
¡El día que yo te vea... ay, ay, el día!...

LIBORIO.—*(A Eustasia, dejando de leer y confidencialmente.)* ¡Chis!... ¡Eustasia!... Daría los noventa y pico de años que me restan de existencia por ser enagua.

EUSTASIA.—¡Caramba! ¿Sí?... ¿Y con qué ojeto?

LIBORIO.—Pa tener el gusto de que me echase usté a la colada.

EUSTASIA.—¡Caray, qué rico! *(Cantando.)*

¡Ay, ayayay, ay, ayayay, ay!...

SEÑÁ ROSA.—¿Pero se pué saber qué es lo que te duele, hija?

EUSTASIA.—¿Que qué me duele? *(Mirando a Liborio.)* Un divieso... que me ha salido aquí al lao.

SEÑOR RÉGULO.—Pues belladona con él.

EUSTASIA.—Estos me los suele reventar mi marido.

LIBORIO.—*(Escamado y separándose un poco.)* ¡Repringue!

SEÑOR RÉGULO.—¡Que te mejores!

EUSTASIA.—*(Al ver que Liborio se ha separado.)* ¡Ya nos vamos aliviando, ya!

NIÑA.—*(La que se peina, casi llorando.)* ¡Pero madre!...

VECINA 1.ª—¡Calla, recondená!

NIÑA.—¡Si es que m'arranca usté el cabello!

VECINA 1.ª—¡Pues no le llama cabello a esto y paece el pelote d'un sofá!

SEÑÁ ROSA.—Dame una hebra, Quintina.

QUINTINA.—*(Dándole una hebra de hilo.)* Tome usté, señá Rosa.

LIBORIO.—¿Y cómo anda de istrución ese perro, Pinturas?

PINTURAS.—Ya sabe el ejercicio. Ahora le estoy educando pa monecipal.

EUSTASIA.—¡Qué gracia! ¿Y qué le enseñas?

PINTURAS.—A andar despacio y a pararse en las esquinas.

SEÑOR RÉGULO.—Too el manual.

LIBORIO.—¡Ja, ja! *(Riendo.)* ¡Tié salero!

EUSTASIA.—*(Cogiendo el lebrillo de la ropa.)* ¡Vaya, me voy a tender!

LIBORIO.—Y yo. *(Se tiende en el suelo, apoya la cabeza en una piedra y sigue leyendo.)*

EUSTASIA.—*(Amenazándole con la pala.)* ¡Gracioso! *(Vase por la puerta del solar.)*

ESCENA II

DICHOS y SEÑOR METODIO (guardia de Orden Público), que sale por la calle de la derecha.

SEÑOR METODIO.—Salú, vecindario... Buenos días. Régulo. *(Yendo hacia la barbería y quitándose la teresiana.)*

SEÑOR RÉGULO.—¡Hola, señor Metodio!...

SEÑOR METODIO.—Afeitarme en un vuelo, que voy de servicio.

SEÑOR RÉGULO.—Al vapor. Deje usté el armamento. *(Cuelga el sable que se quita Metodio junto a donde éste colgó la teresiana y procede rápidamente al afeitado.)*

CHICO 1.º—*(Dejando al Chico 2.º el hilo de la cometa y viniendo furioso ante la taberna.)* ¡Se-

ñá Lorenza, señá Lorenza, dígale usté a Donisio que no tire piedras a la cometa, que va a cobrar! *(Cae una piedra y da en el periódico que lee Liborio.)*

LIBORIO.—*(Incorporándose furioso.)* ¡Pero chico! *(Mirando hacia la derecha.)* ¡A ver si te estás quieto, que m'has dao en el folletín! *(Cae otra piedra entre las vecinas.)*

SEÑÁ ROSA.—*(Asustada.)* ¡Rediez!... ¡Qué cantazo!

QUINTINA.—*(Indignada.)* ¡Pero, señá Lorenza, que sigue con las piedras!...

SEÑÁ LORENZA.—*(Saliendo con calma de la taberna.)* ¡Ay hija, ni que fueran ustés de porcelana. ¡Jesús!... *(Al chico.)* ¡Donisio..., no tires, hijo, que vas a romper un cacharro!

LIBORIO.—Guasitas encima, ¿eh?

DONISIO.—*(Que sale huyendo por la derecha de los chicos de la cometa, que la recogieron a su tiempo.)* ¡Madre!, ¡madreee..., que me pegan! *(Donisio es un pequeño y va en mangas de camisa, lleva tirante y fuera el faldón de la camisa.)*

SEÑÁ LORENZA.—¡Hala pa dentro, mala pécora! *(Lo entra en la taberna dándole azotes.)*

ESCENA III

DICHOS y un CARRETERO. Se oye próximo el rodar de un carro, ruido de colleras y dos o tres trallazos.

CARRETERO.—*(Dentro.)* ¡Riá, mula! ¡Riá, condenada! ¡Mula! ¡Sooó! ¡Generala! ¡Sooó! *(Saliendo sucio de harina hasta la exageración, con la boïna casi blanca y cara y manos enharinadas.)* ¡Güen día!... ¿Hay quien afaite?

PINTURAS.—Pase, caballero; pase y asiéntese, que se le va a servir de seguida.

CARRETERO.—¿Ande m'asiento? *(Empieza a sacudirse la boina contra una rodilla, y luego se*

golpea la ropa, levantando una terrible polvareda de harina. Tosen todos los que hay en escena.)

PINTURAS.—¡Recoles!... *(Tosiendo.)* ¡Ejem!... ¡ejem!... Aquí..., asiéntese aquí. *(Le ofrece un sillón.)*

SEÑOR RÉGULO.—*(Tosiendo.)* ¡Ejem!... ¡Chis!... Oiga, buen amigo, no sacuda más, que ha desperdiciao usté dos libretas, lo menos.

CARRETERO.—*(Sentándose.)* ¡Maldita siá la...! Si se pone uno que...

PINTURAS.—*(Al maestro.)* Paño.

SEÑOR RÉGULO.—*(Dándole el paño.)* A ese con verduguillo y sin repaso.

PINTURAS.—*(Pone el paño al Carretero y le quita la boina.)* Dejaremos la boina aquí. *(La cuelga.)*

CARRETERO.—¡Oye, tú, a ver ande la dejas, no me la van quitar!

PINTURAS.—¡Caballero, este salón es de confianza!

CARRETERO.—Lo digo porque, no vas a pensarte, el otro día en la ronda Segovia m'apandaron una a listas, recién estrená.

PINTURAS.—*(Dándole jabón.)* Aquí no semos ésos. *(Tose.)* ¡Ejem!, ¡ejem! Y esa harinita que acarrea usté, ¿es candial u centeno?

CARRETERO.—Es pa cataplasmas.

PINTURAS.—¡Bullanguerillo! *(Le da más jabón.)*

SEÑOR METODIO.—*(Al señor Régulo.)* El bigote déjamelo a lo kaiser.

CARRETERO.—*(Al escuchar un inquieto cascabeleo de colleras se vuelve furioso hacia la derecha y dice, dando un grito terrible.)* ¡Coronela!

PINTURAS.—*(Asustado y dando un salto.)* ¡Mi madre! ¿Qué pasa?

CARRETERO.—¡Aguarda, hombre! *(Incorpórase y mira hacia donde ha dejado el carro.)* ¡Maldita siá! ¡Coronelaaa! *(A gritos.)* ¡Ay, Granaíto, Granaíto, que te voy a hacer polvo!

PINTURAS.—¿Más polvo?

CARRETERO.—*(Se levanta rápidamente, coge el látigo, que habrá dejado apoyado en la pared, y echa a correr con el paño puesto y la cara llena*

da jabón.) ¡Siooó, mula! *(Se oyen trallazos.)* ¡Machooó!... ¡Perro! ¡Maldita sea tu casta, ladrona! *(Se oye ruido de colleras.)* ¡Siooó! ¡Mala sangre! ¡Asesinooó! *(Vuelve y deja el látigo.)* ¡Amos, hombre; esa perra, ca vez que la engancho en varas, m'atolondra el macho!

PINTURAS.—¿Es coqueta?

CARRETERO.—¡Burro! *(A Pinturas.)* No es a ti. *(Alto.)* ¿Tú también? ¡Ay, si güelvo, si güelvo! *(A Pinturas.)* Afaita.

PINTURAS.—*(Afeitando.)* ¿Y qué, ha visto usté cómo anda eso de la política?

CARRETERO.—¡Política! Quita, hombre, a mí too lo que no sea la República ¡agua limón! *(Metodio se vuelve y le mira.)* Y vengan palos, y cortar caezas, y colgar gente rica. *(Metodio vuelve a mirarle.)*

PINTURAS.—Sí, vamos; usté tira a la demagogia.

CARRETERO.—¡Natural! ¡Y ajuera ladrones, y abajo los empleaos, y a destripar guindillas! Créeme a mí.

SEÑOR METODIO.—*(Con la cara llena de jabón.)* ¡Oiga usté, mi amigo!

CARRETERO.—*(Con la cara llena de jabón también.)* ¿Qué pasa?

SEÑOR METODIO.—Que como siga usté rebuznando a ese tenor, le acabamos de afeitar en la Delegación.

CARRETERO.—¿D'ande ha salío esa voz aflautada?

SEÑOR METODIO.—De Metodio Lagunilla, agente de primera, afezto a la zona Norte.

CARRETERO.—Pus pa otro día se afeita usté con quepis, porque así enjabonao no se le nota a usté la autoridaz.

SEÑOR METODIO.—Se usan gafas.

CARRETERO.—Se usan narices postizas. Acaba, chico. *(Por lo bajo.)* ¡Nos ha matao el tío guinda éste!

SEÑOR METODIO.—*(A Régulo.)* ¿Y que tenga uno que aguantar esto?

SEÑOR RÉGULO.—No haga usté caso, señor Me-

todio; en estos salones hay que oír toa clase de ditirambos.

PINTURAS.—*(Acabando con el Carretero.)* Pa servir a usté.

CARRETERO.—*(Levantándose.)* ¡Está esto güeno! *(Mira al guardia con ira mientras saca de la faja una bolsa de cuero y deslía el cordón que la cierra.)* ¡Te digo que si uno no mirara...! ¡Así degollasen a la...! ¡Lástima de...! ¿Qué se debe?

PINTURAS.—Quince céntimos.

CARRETERO.—¡Maldita sia! *(Dando los quince céntimos.)* En paz. *(Liando la bolsa y guardándola.)* ¡Y luego icen que si libertá, y si pimientos morrones! *(Coge el látigo, se acerca a la pared y en vez de descolgar su boina coge la teresiana de un manotón.)* ¡Mia tú a mí el esbirro este!

SEÑOR METODIO.—¡Eh!, que ha cogido usté mi teresiana.

CARRETERO.—*(Soltándola encima de la mesa.)* ¡Rediezla, pues eso me faltaba, irme con tonterías en la caeza! ¡Me caso hasta en...! *(Dando trallazos y voces.)* ¡Riá, Coronela! ¡Huesque! ¡Ladrona! ¡Granaíto! ¡Ay, qué macho, qué macho! ¡Mala sangre! ¡Arreee! *(Se oye alejarse el carro y se oyen las voces del Carretero que se pierden a lo lejos.)*

SEÑOR RÉGULO.—*(Acabando.)* Servidor, señor Metodio.

SEÑOR METODIO.—Bueno, ¿y qué haces cuando te tropiezas con un devocionario de ésos?

SEÑOR RÉGULO.—Hacer la vista gruesa, es lo que coge.

SEÑOR METODIO.—Hay que tener más pacencia... *(Vase foro izquierda. El Señor Régulo vase con Pinturas a la barbería. Durante la escena anterior se han marchado la Quintina, Vecina 1.ª y la Niña, y luego Liborio, quedando sólo la Señá Rosa.)*

ESCENA IV

SEÑÁ ROSA y el SEÑOR BALBINO. Este es un tipo de verdulero ambulante; sale por la izquierda con un borriquillo que lleva un serón cargado de frutas y hortalizas.

SEÑOR BALBINO.—*(Pregonando.)* ¡Pimientos coloraos d'asar! ¡A treinta tomates! ¡Como la grana, tomates! ¡Parroquianitas, que son de moda! ¡A treinta tomates!

VOZ.—*(Dentro.)* ¡Verdulero!

SEÑOR BALBINO.—*(Contestando.)* ¡Perroquiana!

VOZ.—¿Los da usté a veinte?

SEÑOR BALBINO.—*(En voz alta.)* Aguárdate que consulte. *(Al burro.)* ¿Los damos a veinte, Catalino? *(En voz alta.)* Dice mi socio que no hay negocio. *(Pregonando.)* ¡Como la grana son! ¡Como la grana son!

SEÑÁ ROSA.—Adiós, Balbino.

SEÑOR BALBINO.—Hola, señá Rosa; ¿pero toavía anda usté pol mundo?

SEÑÁ ROSA.—Y el rato que me queda, hijo.

SEÑOR BALBINO.—Así sea.

SEÑÁ ROSA.—¿Y vienes por la manduca?

SEÑOR BALBINO.—A ver. He visto bostezar a Catalino y he dicho: las doce y cuarto, y nos hemos venío p'acá en busca del lunche. *(Descarga el serón con las verduras y lo pone junto a la taberna y le coloca al burro en el cuello el saco del pienso.)*

SEÑÁ ROSA.—Siempre estás de güen humor, hijo.

SEÑOR BALBINO.—¿Yo? Yo, no. El que es feliz es mi socio. Aquí lo tié usté; tié tres cargos, cuadrúpedo, industrial y verdulero, pus entavía le queda tiempo pa sus asuntos particulares con una burra vecina. Místelo; nos queremos como hermanos. Hace cinco años que nos hemos juntao bajo la razón social de Balbino Verdolaga y Compañía, y, menos en las algarrobas, en too lo demás vamos a medias; pues aún no hemos tenío

el más ligero disgusto. ¿Qué le falta a este burro pa ser una persona?... ¡Darme un par de coces! Y no lo espero, ¿verdá, Catalino?

SEÑÁ ROSA.—¿Qué dice?

SEÑOR BALBINO.—Dice que si usté gusta.

SEÑÁ ROSA.—Gracias, hijo.

SEÑOR BALBINO.—¡Ande come uno, comen dos, no sea usté niña!

SEÑÁ ROSA.—*(Levantándose y marchándose.)* ¡Anda y que te dé el viento, guasón! *(Vase.)*

SEÑOR BALBINO.—Usté se lo pierde. *(Mira el reloj.)* ¡Cuánto tarda la Lucila! Voy a avisar que nos preparen la comida. *(Mete al burro por la calle de la derecha y entra él en la taberna.)*

ESCENA V

SEÑOR MANFREDO; luego, el SEÑOR BALBINO. El SEÑOR MANFREDO, que es un viejo desastrado que se dedica a pasear anuncios, sale por la izquierda llevando en alto y sujeto por un palo un gimnasta de músculos atléticos, pintado en un lienzo en actitud de sostener dos enormes pesas en las que se leen las palabras: FUERZA, ROBUSTEZ, HERMOSURA, VIRILIDAD y a los pies de la figura un letrero que dice: BOLA, 10. GRAN GIMNASIO.

Música.

SEÑOR MANFREDO.

Quien quia ser
un señor
de poder
y vigor
y adquirir
robustez,
puede ir
Bola diez.
Me alquilé para anunciar
como ustedes pueden ver,
mi misión es pasear

y exhibirme por doquier,
y aunque no expreso el rubor
que esta exhibición me da,
digo para mi interior:
¡Ay mamá! ¡Ay mamá!
Cuántas tonterías
hacen los mortales
cuando necesitan
tres o cuatro reales.
Yo he visto a un banquero
que quebró en León
bailando guajiras
en un callejón.

Ayer tarde me paré
en la calle de Alcalá,
y una joven de buen ver
que pasó con su mamá,
al mirar este Sansón
le salió del pecho un ¡ah!
y exclamó con timidez:
«¡Ay mamá! ¡Ay mamá!»
Y la madre al verla
tan acongojada
y tan suspirante
y tan colorada,
dijo: «No hagas caso,
que es una ilusión,
siempre se exagera
la musculación.
Este Sansón
vale un millón.»

Hablado.

SEÑOR MANFREDO.—*(Mirando al gimnasta.)* ¡Chisss!... ¡Hercúleo!... ¿Vamos a ver si nos fían media copa?... Bueno. *(Se dirige a la taberna.)*

SEÑOR BALBINO.—*(Que sale de ella.)* ¡Calle!... *(Reparando en Manfredo.)* ¡Manfredo!..., pero ¿eres tú?...

SEÑOR MANFREDO.—¡Balbino de mi alma!... ¡Cuánto me alegro!

SEÑOR BALBINO.—¡No te había conocido! Chico, ¿pero qué es eso que llevas a cuestas?

SEÑOR MANFREDO.—¡Un azleta!

SEÑOR BALBINO.—*(Mirándole.)* ¡Gachó, qué tío! *(Leyendo.)* Fuerza, robustez, hermosura, verilidaz... ¿Y too eso, qué es?

SEÑOR MANFREDO.—Cinco reales. Que me he metido a niñera d'anuncios; los llevo a paseo.

SEÑOR BALBINO.—Pues la cosa no es mu pesá que digamos.

SEÑOR MANFREDO.—Sin embargo; ¡el Herculitos este tié sus deficultades, no creas!

SEÑOR BALBINO.—¿Cuálas?

SEÑOR MANFREDO.—Pues mira: primera, la chirigota pública. Ayer, sin ir más lejos, nos ven dos señoritos y va uno y le dice al otro: «¡Miá que grupo tan bonito: Sansón y Donlila!» Y el pitorreo siempre molesta. Y segunda y prencipal, que como tóo el peso lo llevas arriba, en cuanto te tomas dos copas, te empieza a titubear el azleta, y de una legua te conocen que has bebido.

SEÑOR BALBINO.—¿Por la oscilación?

SEÑOR MANFREDO.—Natural. *(Va a dejar el gimnasta apoyado en la tapia de la taberna y se sientan.)* Y tú, ¿qué haces por estos barrios?

SEÑOR BALBINO.—Pues naa, chico, que ahora comemos aquí.

SEÑOR MANFREDO.—¿Sus habéis mudao?

SEÑOR BALBINO.—Arganzuela, diecisiete. Hace un mes escaso.

SEÑOR MANFREDO.—¿Y tu vástaga?

SEÑOR BALBINO.—Dedicá a su comercio. Ya no tardará.

SEÑOR MANFREDO.—¿Y tu sobrino?

SEÑOR BALBINO.—¿Quién, Serafín? No sé de él.

SEÑOR MANFREDO.—¡Repringue! Pero, ¿no vive ya con vosotros?

SEÑOR BALBINO.—Hace dos meses. Nos la jugó de puño.

SEÑOR MANFREDO.—¡Chico!... ¡No lo hubiá creí-

do! ¡Qué engratetú! Toa la vida a tu lao y de repente...

SEÑOR BALBINO.—*(Con tristeza.)* Y lo peor de que nos haiga dejao no es la engratetú, Manfredo...

SEÑOR MANFREDO.—Pues, ¿qué es? *(Con interés.)*

SEÑOR BALBINO.—*(Acercándose a su interlocutor y con misterio.)* Lo peor es que con ese motivo estoy atravesando un drama de familia que atufa.

SEÑOR MANFREDO.—¡Porra! Pero, ¿es de veras?

SEÑOR BALBINO.—¿Que si es de veras? Te quiero como un hermano y te lo voy a contar tóo pa que veas cómo las estoy pasando.

SEÑOR MANFREDO.—Me dejas demudao. Cuenta, cuenta...

SEÑOR BALBINO.—Mira, Manfredo, tú ya sabes que respetive al bienestar, mi casa era un edén... ¡Más!... ¡Un edén concert!...

SEÑOR MANFREDO.—Me costa.

SEÑOR BALBINO.—Ya que mi chica perdió a su madre a los tres años, dije, pues que no eche de menos el cariño que la va a faltar y la quintupliqué el mío; que tú sabes que ciego por ella, y si me pide la luna no se la traigo porque no sé por dónde se sube, que si no se la bajaba de un cuerno.

SEÑOR MANFREDO.—Me sigue costando.

SEÑOR BALBINO.—De chiquilla, pa que tuviese con quien juar recogí a mi sobrino Serafín, como sabes, cuando murió mi cuñada, y me lo llevé a casa.

SEÑOR MANFREDO.—Acción meritoria.

SEÑOR BALBINO.—Pues bien: los chicos, primero con el apego de criarse juntos, después con lo natural que da el roce, pues lo que era una cosa luego fué otra, y en total, que mi Lucila se pirrió por Serafín, sin que él se diese cuenta, y de pronto, cuando más mochales estaba la chica, va el ganso ese y se nos larga a vivir con una tal Carmen.

SEÑOR MANFREDO.—¡Mi madre!

SEÑOR BALBINO.—Lo que oyes.

SEÑOR MANFREDO.—¿Ella se habrá quedao desconsoladísima?

SEÑOR BALBINO.—¡Carcúlate! Ahora, que ya la conoces, y como ella cree que yo no me he enterao de na, pues pa no darme el desgusto, la creatura se repudre por dentro y se va a llorar por los rincones; pero delante de mí siempre está con unas risas y unas alegrías que m'hacen más daño que un clavo en las botas.

SEÑOR MANFREDO.—Pues vaya una coba triste.

SEÑOR BALBINO.—¡Considera! Y yo, la verdad, quisiera una cosa de ti.

SEÑOR MANFREDO.—¿Cuála?

SEÑOR BALBINO.—Que t'aguardes, y cuando venga la chica, yo me largo ahí dentro, y a ver si tú pués sacarla con maña su verdadero sentir. No sea que me haga algún disparate que me amargue.

SEÑOR MANFREDO.—No lo creo; pero en fin, déjamela a mí, que yo la hablaré. *(Se oyen risas lejanas.)*

SEÑOR BALBINO.—¡Calla!... ¡Ella viene! Ya está ahí.

SEÑOR MANFREDO.—¡Y cómo se ríe!

SEÑOR BALBINO.—Lo de siempre. ¡La pobrecilla, pa engañarme!...

ESCENA VI

DICHOS y LUCILA.

LUCILA.—*(Sale por la izquierda con una cesta llena de juguetes baratos, y atado al asa un hilo con globitos de colores. Viene riéndose exageradamente y mirando atrás.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡El demonio del hombre! *(A su padre.)* ¡Hola, agüelo!

SEÑOR BALBINO.—¿Pero qué te pasa, tarambana?

LUCILA.—Naa..., calle usté, que vengo partía de risa! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué salao!

SEÑOR MANFREDO.—¿Pero qué t'ha sucedío pa ese jolgorio?

LUCILA.—¡Quite usté, señor Manfredo! ¡La gracia del mundo! Un señor viejo que m'ha preguntao que cuánto quería por los juetes con escaparate y too.

SEÑOR BALBINO.—¿Y tú qué le has dicho?

LUCILA.—Que veinticinco años y un bigote rubio.

SEÑOR BALBINO.—¿Y qué t'ha contestao?

LUCILA.—Que no llevaba suelto, y le he añadío que pa gaitas ya las vendo yo. ¡Ja, ja! ¡Qué salero!

SEÑOR MANFREDO.—¡Eres el demonio!

SEÑOR BALBINO.—¿Y has vendío mucho?

LUCILA.—¿Vender?... ¡Ganas! Dende que ha salido el futu-bul se están poniendo las creaturas que no siendo a coces no saben a qué juar. ¡El mejor día agarro yo el bazar, le pego un puntapié y futu-bul. En toa la mañana no he vendío más que Don Nicanor tocando el tambor a una señora gruesa, y Don Jenaro saludando a una estitutriz, que como era francesa no ha entendío el saludo y me lo quería devolver. Total: entre la señora y la estitutriz, dos perras. Se lleva una perra el Ayuntamiento, conque le queda a usté otra pa mantención, ropa limpia y ladridos... ¡Usté verá el negocio!

SEÑOR BALBINO.—¡Pa echar utomóvil! Vaya, voy a avisar que nos calen la sopa. *(Vase a la taberna.)*

LUCILA.—Sí, que traigo gazuza, padre.

ESCENA VII

LUCILA, SEÑOR MANFREDO; luego, SEÑOR BALBINO.

SEÑOR MANFREDO.—*(Aparte.)* ¡A ver si se me franquea! *(Hace señas de inteligencia a Balbino, que se asoma con disimulo tras la puerta de la*

taberna. Alto, a Lucila.) Oye, ya m'ha dicho tu padre que sus habéis mudao.

LUCILA.—Sí, señor, en la cae la Arganzuela. Tenemos un chalete lujosísimo, con vistas a la mar... a la mar de solares.

SEÑOR MANFREDO.—Ya iré a veros.

LUCILA.—Pues vaya usté pronto que está la escalera pa caerse. ¿Y l'habrá dicho a usté también que Serafín nos hizo rabona, eh?

SEÑOR MANFREDO.—Eso m'ha contao. Y que se fué con una tal Carmen.

LUCILA.—*(Con tristeza.)* Sí, señor. Mañana precisamente hace dos meses, mire usté.

SEÑOR MANFREDO.—¿Tú habrás tenido el primer disgusto?

LUCILA.—¡Hombre..., sí que lo sentí, porque le tenía una miaja de ley, pero na más! Ahora que... ¡lo que son las cosas de la Providencia!... ¿A que no sabe usté lo que he sabío esta mañana, señor Manfredo?

SEÑOR MANFREDO.—¿Qué has sabido?

LUCILA.—¡Pues que Serafín y la Carmen han tarifao ya!

SEÑOR MANFREDO.—¡Rediez!

LUCILA.—¡Y de mala manera! Me he encontrac al cojo Changa, ese amigote suyo, y me lo ha contao tóo. Al mes de vivir juntos, la madre lo echó a la calle; creo que no congeniaban. Al menos eso dicen ellas. Pero la verdá de la cosa es que la Carmen no le quería, y se ha encaprichao, según dicen, con el señor Valeriano, el pollero, que tié guita larga, y ha dejao al otro por puertas.

SEÑOR MANFREDO.—¡Buen castigo! ¿Tú te habrás alegrao de ole?

LUCILA.—¿Yo? ¿Por qué me voy a alegrar?

SEÑOR MANFREDO.—¿Que por qué?... ¡Porque sí! No disimules; porque tú quiés a Serafín hasta donde se pué querer.

LUCILA.—*(Sorprendida.)* ¿Yo? ¡Qué tontería! ¿Quién se lo ha dicho a usté?

SEÑOR MANFREDO.—Un pajarito que too lo sabe; la experiencia. ¡Tú le quieres, no lo niegues!

LUCILA.—¡Hombre... quererle, claro!... Algo.

SEÑOR MANFREDO.—¡Mucho!

LUCILA.—Es natural... ¡Toa la vida a su lao!... Que cuidarle cuando se ponía malo..., que reírme con sus bromas..., que adivinarle los gustos... Y un año y otro, siempre juntos..., pues, claro, aunque una sea un perro... se toma cariño.

SEÑOR MANFREDO.—Es que tú l'has tomao un poquito más que cariño.

LUCILA.—*(Vacilando.)* ¡Tanto como eso no, pero he pasao malos ratos, sí, señor; pa qué le voy a usté a engañar! Pero no se lo diga usté a mi padre, ¿eh?

SEÑOR MANFREDO.—¡Descuida, mujer!

LUCILA.—Pues los he pasao; porque yo que sé lo que es querer, he visto que ella no le quería y él ca vez más loco. A una palabra suya iba de cabeza, y en cambio mis consejos y mis advertencias, na... Como si soplase usté al sol pa enfriarlo: inútil. Pero el querer es así: loco, y hay que aguantarse. Ya ve usté, yo era todo por su bien, sin interés denguno... *(Se le saltan las lágrimas.)* y ella, en cambio, le desprecia..., pus se ha ido con ella, y es que la vida tié esas cosas... ¡Ay! ¡si yo me hubiese podido hacer más chiquita, más chiquirritita de lo que soy..., y me hubiese podido esconder en el corazón de esa mujer, entonces sí que le hubiera querido, señor Manfredo, entonces sí que le hubiera querido! *(Llora.)*

SEÑOR MANFREDO.—*(Conmovido.)* ¡Me caso en el gimnasta! ¡Maldita sea mi suerte!

LUCILA.—*(Secándose las lágrimas.)* ¡Chito! ¡Calle usté! ¡Mi padre!

SEÑOR BALBINO.—Ya está la sopa, tú.

LUCILA.—Vamos.

SEÑOR BALBINO.—Oye *(Observándola.)*, ¿pero qué es eso? ¿Llorabas?

LUCILA.—¿Yo?... ¡Quite usté, hombre! ¿Llorar? *(Ríe.)* ¡Ja, ja!, ¡qué gracia!... Pues precisamente le estaba diciendo al señor Manfredo que estoy

mu contenta porque ca día está usté más arriscadete y más guapo. ¡Como que unas señoras me lo querían coger anteanoche pa una tómbola!... ¡Miste qué ojos más ladrones... y miste qué nariz! ¿Usté ha visto una alcachofa más bonita en su vida?

SEÑOR BALBINO.—¡No seas niña, Lucila, y no desimules!

LUCILA.—¡Bendito sea mi padre! ¡Ele! ¡Esto sí que se quiere de veras en el mundo, señor Manfredo! ¡El pa mí, yo pa él, sin coba ni paripé..., siempre juntos los dos! *(Le abraza.)*; ¡mi agüelete!... ¡Ele! *(Quiere reír y llora.)*

SEÑOR BALBINO.—¿Lo ves, lo ves cómo lloras?

LUCILA.—Bueno, ¿y qué? Aunque llore, ¿qué? Es de alegría, señor. También se llora de alegría. Hay días que llueve con sol, ¿verdá usté?... *(Empujando a su padre.)* ¡Eche usté pa alante, so gitanazo! ¡Ja, ja! ¡Místelo, tié la esbeltez del talego! *(Abrazándole.)*; ¡pues no quiero yo na a este tío viejo!

SEÑOR BALBINO.—¡Pero lloras, lloras!

LUCILA.—*(Llorando francamente.)* ¡De alegría..., de alegría! ¡Si es de alegría, señor!

SEÑOR BALBINO.—*(A Señor Manfredo.)* ¿Estás viendo? ¡Maldita sea!... *(Entran abrazados en la taberna.)*

SEÑOR MANFREDO.—*(Furioso, cogiendo el gimnasta.)* ¡Mecachis hasta en...! ¡Después de ver esto, hoy te va a pasear a ti tu señora agüela! *(Se lo echa al hombro y sale corriendo por detrás del solar.)*

ESCENA VIII

SERAFÍN y LADISLAO, que salen por la derecha. Vienen mirando hacia atrás, como ocultándose de alguien.

SERAFÍN.—*(Azorado.)* ¿Es la Carmen?

LADISLAO.—Sí, es ella. Se ha parao en la tienda de telas con una mujer.

SERAFÍN.—La esperaré aquí.

LADISLAO.—Bien hecho. Y atiende, Serafín; espero que quedes como un hombrito; duro con esa golfa, y que no te ablande el cariño que l'has tenido.

SERAFÍN.—No tengas cuidao. Lo que no la diga, será porque no me deje la rabia.

LADISLAO.—Piensa que esa mujer te ha tomao de pito en tales términos..., que te puede utilizar un sereno impugnemente, y piensa que por su culpa estás siendo el hazme de reír de la sociedad.

SERAFÍN.—Lo he pensao too, y que no me quiera y que me deje por otro es lo que me importa. Lo demás, ¡a mí qué!

LADISLAO.—*(Furioso.)* ¿Cómo que a ti qué?... ¿Y el honor?... ¿Y la guapeza de un hombre tirá por los suelos?... ¿Y la befa social?... ¿Son frusleríias? Ten denidaz.

SERAFÍN.—¡Lo que tengo es que no puedo vivir sin ella, y hay que arreglarlo sea como sea!

LADISLAO.—Por la tremenda. Créeme a mí. La mujer es un ser fútil y veleta, que compará con nosotros no vale el pan que come. Ahora tú procede.

SERAFÍN.—¡Chis! ¡Cállate! Ya viene.

LADISLAO.—Pues ahí estoy. A ver esas agallitas. *(Se oculta junto a la barbería.)*

ESCENA IX

SERAFÍN y CARMEN. Esta sale por la derecha y va a seguir y marcharse por la izquierda hasta que la detiene SERAFÍN.

SERAFÍN.—*(Aparte.)* Estoy temblando, no sé si de coraje u de qué. *(Alto, a Carmen.)* ¡Carmen!

CARMEN.—*(Volviéndose sorprendida.)* ¡Tú!

SERAFÍN.—Yo, sí, señora.

CARMEN.—Bueno, ¿y qué quieres?

SERAFÍN.—Dos palabras.

CARMEN.—Vengan y que no sean más.

SERAFÍN.—Mucha prisa llevas.

CARMEN.—Regular. Con que, ¿qué hay? Acaba.

SERAFÍN.—*(Titubeando.)* Naa..., que yo..., que yo no puedo estar así más tiempo.

CARMEN.—*(Con frialdad.)* Pues cambia de postura.

SERAFÍN.—Mia, Carmen, no te burles, que vengo muy en serio. ¿Tú es que quieres mi perdición?

CARMEN.—De ti no quiero nada, ni eso; ya lo sabes.

SERAFÍN.—*(Exaltado.)* Entonces, ¿por qué me has engañao?

CARMEN.—Y dale molino. La engañá he sido yo, Serafín; te lo he dicho cincuenta veces; yo, que creí que la simpatía que te tuve podría ser cariño, que luego he visto que no y que prefiero serte franca a ponerte en ridículo. Me lo debías de agradecer.

SERAFÍN.—¡Carmen, piensa lo que dices!

CARMEN.—Estas cosas del querer no se piensan, chico; se sienten u no se sienten, y en paz. Con que me alegro verte bueno... *(Intenta irse.)*

SERAFÍN.—*(Sujetándola.)* Aguarda, miá que voy a hacer una barbaridad, Carmen.

CARMEN.—No lo creo.

SERAFÍN.—Miá que tú no sabes cómo te quiero; miá que estoy en ridículo, y miá que lo sé todo; porque tú me has dejao por otro.

CARMEN.—¡Mentira!

SERAFÍN.—Y ahora tiés prisa pa ir a buscarle.

CARMEN.—¡Mentira!

SERAFÍN.—Verdá, y es el señor Valeriano el pollero.

CARMEN.—Bueno, y últimamente, ¿qué? ¿No soy libre? Ese u otro, alguno tié que ser; porque monja no querrás que me meta. Con que suelta...

SERAFÍN.—No te suelto..., no... ¡Tú te vienes conmigo!

CARMEN.—Vaya, Serafín, no te pongas pelma y déjame...

SERAFÍN.—Pues vente.

CARMEN.—¡Ni arrastrá! Suéltame o grito.
SERAFÍN.—*(Exasperado.)* ¿Que gritas?... ¡Maldita sea, no sé cómo no te ahogo!
CARMEN.—¡Ay!... *(Luchando por desasirse.)* ¡Suelta, granuja!... ¡Guardias!
SERAFÍN.—¡Calla! ¡Calla!
CARMEN.—*(Llorando.)* ¡Déjame!... ¡Suelta!... ¡Guardias! *(Empieza a asomarse gente a las puertas.)*

ESCENA X

DICHOS, SEÑÁ ANTONIA y SEÑOR VALERIANO, que entran por la izquierda.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Carmen! ¡Carmen!
CARMEN.—*(Soltándose de Serafín.)* ¡Madre! *(Se abraza a ella.)*
SEÑÁ ANTONIA.—¿Pero qué es eso?... ¿Es ese golfo?... ¿Qué te hacía ese golfo?
CARMEN.—No, nada; si no era nada.
SEÑÁ ANTONIA.—¿Pero otra vez a atosigarte? Quita... *(Queriendo soltarse.)*, deja..., déjame que lo lisie, ¡ladrón, sinvergüenza, granuja!
SERAFÍN.—¡Usté tié la culpa de too!
SEÑÁ ANTONIA.—*(Gritando.)* ¿Pero es que no nos vas a dejar en paz, so randa?..., ¡so vago!... ¡Que maldita sea la hora que te conocimos!... ¡Dilo!, ¡dilo! *(Pausa.)*
SEÑOR VALERIANO.—*(Que ha quedado en último término, adelanta con cachaza y le dice a Carmen en voz baja, casi al oído.)* Que no escandalice.
SEÑÁ ANTONIA.—¡Habla, so chulo, sinvergüenza, habla!
CARMEN.—Madre, por Dios, no escandalice usté, que se asoma gente. *(Se van asomando más vecinos por esquinas, puertas y ventanas.)*
SEÑÁ ANTONIA.—¿Y qué?... *(A grito pelado.)* ¿Y qué que escandalicemos? ¡Mejor! Así se enterará too el mundo, que no, que no y que no lo quieres;

no, señor..., ¡por granuja!, ¡por golfo! ¡Eso es!... *(A todos.)* ¡Sí, señores, ya lo saben ustés!...

SERAFÍN.—*(Amenazador.)* ¡Si no fuá usté una mujer!...

SEÑÁ ANTONIA.—Pos si no fuera yo una mujer, ya hace tiempo que llevarías tú las narices con medias suelas: que por eso has abusao, so gallina; pero se acabó la ganga... Ya hay un hombre... ¡Uno!... ¡Ahí lo tienes!... ¡Atrévete ahora!

SEÑOR VALERIANO.—*(Al oído de la Señá Antonia.)* ¡No me ponga usté en ridículo!

SERAFÍN.—Ya he visto a ese señor, sí, señora, y sé cómo se llama y todo: don Nadie.

SEÑOR VALERIANO.—*(Va hacia él con calma.)* Creo que hace usté mal en faltarme.

SERAFÍN.—Lo dicho, está dicho.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Vale más que tú, cien mil veces!

SERAFÍN.—¡Mentira!

SEÑOR VALERIANO.—Con sosiego. *(Vuelve hacia Serafín.)*

CARMEN.—*(Intenta detenerlo.)* ¡Por Dios, Valeriano!

SEÑOR VALERIANO.—*(Al oído.)* No me pego con obleas. *(A Serafín.)* Esclarecido pollo. Esa joven y su respetable y distinguida madre...

SEÑOR BALBINO.—*(Que está asomado con Lucila a la puerta de la taberna, tose.)* ¡Ejem!, ¡ejem!

SEÑOR VALERIANO.—*(Siempre en su voz.)* ¡Tolú! Quedan desde este momento bajo mi salva... guardia; con lo cual quiero decir que el camino de su domicilio para usté desde hoy es una senda erizada de cosco... rrones. Punto. En la brevedaz está la claridaz.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Mu bien dicho!

SERAFÍN.—¡A mí, Prim!

SEÑOR VALERIANO.—Sin embargo, medite. *(A los vecinos.)* Y esto se ha arrematao, curioso vecindario. *(Saludando a todos con el sombrero.)* De ustés afeztísimo. *(A Carmen y Señá Antonia.)* Caminen.

SEÑÁ ANTONIA.—Toma quina. *(Vanse los tres izquierda.)*

SERAFÍN.—*(Dando un puñetazo en una mesa y sentándose violentamente.)* ¡Maldita sia!

LUCILA.—¡Bribonas!, ¡infames!... ¡Serafín!

SEÑOR BALBINO.—¡Chis! Nosotros, ni pío. Se lo tiene ganao. Adentro. *(Entran en la taberna.)*

VECINA 1.ª—*(Con sorna, a Eustasia, que está a la puerta del solar.)* Oye, Eustasia, ¿has visto qué fresco..., qué fresco hace?

EUSTASIA.—Entrate, no te costipes, chica.

VECINA 1.ª—¡Ja, jay!... *(Ríe. Los vecinos se retiran sonriendo con burla y comentando en voz baja el ridículo de Serafín.)*

ESCENA XI

SERAFÍN y LADISLAO, quien, cuando ya se han ido todos, sale como disparado y furioso del sitio donde se ocultaba, va hacia Serafín, que habrá quedado de bruces sobre la mesa en que se apoyó, y levanta la estaca como para sacudirle un palo en la cabeza; deteniéndola luego en el aire. Le mira después con desprecio y escupe.

SERAFÍN.—*(Levantando la cabeza y mirando a Ladislao.)* ¿Has oído?

LADISLAO.—*(Se sonríe, se acerca a él, y casi en su oído imita el balido de un cordero.)* ¡Beee!

SERAFÍN.—*(Levantándose descompuesto.)* ¡Ladislao!

LADISLAO.—*(Muy serio.)* ¡Beee!

SERAFÍN.—*(Con rabia.)* ¿Y qué me quiés decir con eso?

LADISLAO.—Que te lo traduzgan.

SERAFÍN.—¿Qué me quiés decir, contesta? ¡Y no me vuelvas más loco de lo que estoy!

LADISLAO.—Serafín, has quedao a la altura de un cacahué apaisao.

SERAFÍN.—¿Y qué quiés que haga, dímelo?... ¿Qué voy a hacer?

LADISLAO.—*(Con energía.)* Después de la chunga de que eres víctima, no tiés más que dos caminos: u vengarte u rifar el bigote. Ozta.

SERAFÍN.—¡Ladislao!

LADISLAO.—En seco. Piensa en el choteo de too el mundo; en que los vecinos se te han pitorreao, y sobre too, en que ésa y ése a estas horas se están columpiando con tu mansedumbre.

SERAFÍN.—¡Eso es verdá! En eso tiés razón.

LADISLAO.—Cuando una moza le hace a un hombre lo que ésa te ha hecho a ti, el hombre tié derecho a todo..., ¡a todo!

SERAFÍN.—¿Qué quiés decir? *(Se asoman a la taberna el Señor Balbino y Lucila.)*

LADISLAO.—Que pa un sujeto de vergüenza es más dizno un grillete que un cencerro. Ya lo sabes. Con que si quiés recuperar mi estimación, hoy se toman los dichos el Guitarrero y la Isabel; la Carmen y el señor Valeriano son los padrinos; a las doce y media pasará por aquí la comitiva pa ir a la Vicaría; pues bien, vente aquí a esa hora, espéralos, y a la una ponme un «Besa tu mano» dende la delegación u dende la Casa de Socorro. De lo contrario ya sabes el piropo que te aguarda en la historia. ¡Beee!

SERAFÍN.—*(Desesperado.)* ¡Es verdá!... ¡Adiós! *(Le alarga la mano.)*

LADISLAO.—*(Rechazándola con el bastón.)* No, la manita, no. ¡Cuando la denifiques!

SERAFÍN.—¡Por éstas, que me las pagan! *(Vase corriendo por la derecha.)*

LADISLAO.—¡Anda con ellos! *(Se sienta.)* Naa, que está visto; hombres que tengan vergüenza, no quedamos en el mundo arriba de siete.

ESCENA XII

LADISLAO, SEÑOR BALBINO y LUCILA, que salen de la taberna.

SEÑOR BALBINO.—*(Acercándose a Ladislao de puntillas y acercándose a su oído.)* ¡Beee!

LADISLAO.—*(Asustándose.)* ¡Canario!

LUCILA.—*(Por el otro lado.)* ¡Beee!

LADISLAO.—¿Pero qué es esto?

LUCILA.—Que te balamos. *(Sentándose a su lado.)*

SEÑOR BALBINO.—*(Sentándose también.)* Y de esos siete que tienen vergüenza, déjalo en media docena.

LUCILA.—Pa que sea cuenta redonda.

LADISLAO.—¿Quién sobra?

SEÑOR BALBINO.—¡Tú!

LADISLAO.—¿Yo?

LUCILA.—*(Imitando el balido.)* ¡Siiii!

LADISLAO.—Señor Balbino, si es broma...

SEÑOR BALBINO.—*(Levantándose.)* Ven aquí, obelisco de la morralidaz, diosa Cimbeles del honor, y tú que precipitas a una perdición a un pobre chico que le ves amargao de un desengaño, dime...: ¿Aónde tiés enterrao el cadáver del que se fué a vevir con tu mujer y encima te rompió un brazo?... ¡Contesta!

LUCILA.—¡Es una pregunta suelta!

LADISLAO.—¡Señor Balbino, lo mío era otra cosa! Me engañó mi mujer y fué con un amigo; pero yo tenía un hijo.

LUCILA.—Y no sabías de quién era... la culpa..., ¿verdá?

SEÑOR BALBINO.—¿Y aónde están los restos del que luego la puso una churrería, y del monecipal que la usufructó tres meses, y del que la mantiene ahora, ¿dónde? ¿Es en la negrópolis del Este, por un casual?...

LUCILA.—¡Contesta, rico, no te cortes, que semos de confianza!...

LADISLAO.—Lo mío fué una desgracia.

SEÑOR BALBINO.—¿Una desgracia?... ¡Beee!

LADISLAO.—¡Hombre, si se pone usté así!...

LUCILA.—¿Y tú niegas la mano a un hombre honrao?... ¡Beee!

LADISLAO.—¡Si no fueran ustés un viejo y una chica!... *(Furioso.)*

LOS DOS.—¡Beee!

LADISLAO.—¡Maldita sia! *(Vase rápido izquierda.)*

SEÑOR BALBINO.—¡Adiós, so pulcro!

LUCILA.—¡Canalla... novedá!

LOS DOS.—¡Sinvergüenza!

SEÑOR BALBINO.—¡Va servido!

LUCILA.—*(Apurada. Con amargura.)* Y ahora, padre, ¡por Dios! Corra usté. Traiga usté a Serafín.

SEÑOR BALBINO.—¡Mia, hija, que si nos metemos nosotros, van a creer!...

LUCILA.—*(Suplicante.)* ¡Hágalo usté por mí! ¡Es pa quitarle de una perdición de toa su vida!

SEÑOR BALBINO.—Miá que está muy cegao y que me expongo a un desaire.

LUCILA.—No, padre; no le hace. Búsquelo usté. Hay que salvarlo y que piensen lo que quieran.

SEÑOR BALBINO.—Tiés razón. Yo daré con ese loco. Pero tú me aguardas ahí dentro. Sin salir pa náa. Sin meterte con nadie.

LUCILA.—Sí, señor; palabra. Ahí quieta espero.

SEÑOR BALBINO.—Pues adentro. No tardo.

LUCILA.—¡Por Dios, tráigalo usté! *(Entra Lucila en la taberna.)*

SEÑOR BALBINO.—¡Ojalá lo encuentre! *(Vase corriendo derecha.)*

ESCENA XIII

TESTIGO 1.º, TESTIGO 2.º y TESTIGO 3.º Son tres tipos ridículos; el primero es el PINTURAS, dependiente de la barbería, vestido de gala; el segundo, un mancebo de una tienda de ultramarinos a todo lujo, y el tercero, un concertista de guitarra. Llevan una guitarra, una bandurria y una cítara. Ensayan, después de decir quiénes son, una marcha nupcial, compuesta por el concertista con letra en colaboración de los otros dos y que han de tocar luego en la Bombilla, donde van a celebrar la toma de dichos.

TESTIGO 1.º—Güeno, ¿estamos?

TESTIGO 2.º Y TESTIGO 3.º—*(Al mismo tiempo.)* Estamos.

TESTIGO 1.º—Pus ahora permitidme que sus arengue.

TESTIGO 2.º—Oye, tú, no te dilates, que faltan cinco menutos.

TESTIGO 1.º—Seré un tiro.

TESTIGO 3.º—Pues ¡pum!

TESTIGO 1.º—Allá voy. Semos, como sus costa, testigos de la boda de la Isabel y Fernando el Guitarrero, y he creído de mi deber componerles un hizno cantando sus esponsales.

TESTIGO 2.º Y TESTIGO 3.º—*(Al mismo tiempo.)* Es una idea.

TESTIGO 1.º—Conque vamos a darle el último repaso con ojeto de ejecutarlo esta tarde después de la cuchipanda.

TESTIGO 2.º Y TESTIGO 3.º—*(Lo mismo.)* Duro con él.

TESTIGO 1.º—Bueno, pues cuando veamos a los novios más amartelaos, me adelanto yo y exclamo: Señores, oído a la caja. Hizno-tango. A Isabel y Fernando, en sus esponsales.

Música.

LOS TRES.

No poneros tontitos ahora
y un instante tan sólo dejad
el arrobo, el cariño y los mimos
y este hizno al amor escuchad.
Hizno chulo
que ha compuesto este gachó,
un e-mulo
del glorioso don Gunó.
Paca, Paca,
pa casarse hay que tener
poca, poca,
no te asustes Isabel;
poca, poca,
poca juerga y trabajar,
y no beber y no faltar
ni una noche de tu hogar.
Sé mu formalito,
cumple su deseo,
pero siempre acorde
con lo que aconsejan
en el himeneo.
Pero si ella tace
algo que esté feo,
cógela del moño
y meneo, meneo, meneo.
Como este plan
lo cumplas tú,
tururururú,
nadie en Madrí
te tose a ti,
tiriririrí;
mas si ella no
te es fiel del to,
tororororoó;
pero si la guías
como un hombre debe hacer
no hay que temer.
Si eres formalito
como así lo creo,

ya verás qué dulce
himeneo, meneo, meneo.
Y esto dicho
que el Señor salud os dé,
y avi-sarnos
en cuanto venga un bebé,
bebé, bebé, bebebebe.

Hablado.

TESTIGO 1.º—¡Creo que ha salío al pelo!
TESTIGO 2.º—¡Superior!
TESTIGO 3.º—Sin embargo, en la segunda corchea del octavo compás, te se duerme la púa
TESTIGO 2.º—Se tendrá en cuenta.
TESTIGO 1.º—*(Se oye dentro el rumor de gente.)* ¡Chis!... ¡Callarse..., que están ahí! ¡Ya viene la cometiva!
TESTIGO 3.º—¡Es verdá!... ¡Miálos!
TESTIGO 2.º—¡Vivan los novios!...
VOCES.—*(Dentro.)* ¡Vivan!...

ESCENA XIV

DICHOS, el GUITARRERO, CARMEN, SEÑOR VALERIANO, SEÑÁ ANTONIA, LIBORIO, INVITADOS e INVITADAS. Salen todos los del acompañamiento, detrás de los novios y los padrinos, armando alegre algazara, dando vivas y tirando al alto gorras y sombreros.

SEÑÁ ANTONIA.—Hombre, podíais haber avisao. Ya sus echábamos de menos.
TESTIGO 1.º—Pues estábamos aquí aguardando.
LIBORIO.—Pues una vez que no falta nadie, en marcha pa la vicaría. Primera pareja, los novios. Segunda pareja, la Carmen y el señor Valeriano, que pronto harán el mismo recorrido por su cuenta.
SEÑÁ ANTONIA.—¡Y que lo digas!

LIBORIO.—¡Y el resto de la cometiva a la neglisé, y la orquesta a la cola!
TODOS. Mu bien.
TESTIGO 1.º—¡Andando!
TODOS.—¡Andando!

ESCENA XV

DICHOS y SERAFÍN; luego, LUCILA; después, unos CHICOS, y por último, SEÑOR BALBINO.

SERAFÍN.—*(Saliendo por la derecha.)* ¡Señores, un minuto!
CARMEN.—*(Con sorpresa.)* ¡Serafín!
SEÑÁ ANTONIA.—¿Otra vez?
SEÑOR VALERIANO.—¡El consabido pollo!
LIBORIO.—¿Qué se ofrece, joven?
SERAFÍN.—Ustés disimulen. Siento molestar, pero deseo decirle dos palabras a ese señor.
SEÑOR VALERIANO.—¿A mi humilde persona?
SERAFÍN.—Quería que tratásemos un asunto solos y fuera de puertas.
SEÑOR VALERIANO.—Joven, es usté menos oportuno que una charanga a la hora e la siesta. Voy envitao. Tenga usté cachaza, que hay tiempo pa todo. *(A la gente.)* ¡Andando!
SERAFÍN.—*(Deteniéndole.)* ¡Es que u viene usté u le llevo yo!
SEÑOR VALERIANO.—*(Con calma.)* No me zarandee, usté, que puede que me moleste.
HOMBRES.—¿Pero qué es eso?
SERAFÍN.—¡Eche usté pa alante como los hombres, so tardío!
TODOS.—¡Fuera ése!
CARMEN.—*(Al Señor Valeriano.)* No haga usté caso.
SEÑÁ ANTONIA.—¿Vienes a armarla, so charrán?
SEÑOR VALERIANO.—Señores, calma. Por un garbanzo no se descompone la olla. Ustés, a la vicaría. Yo voy ahí, a cincuenta pasos, hago así...

(Acción de dar un papirotazo.), y regreso. *(A Serafín.)* ¡Andando!

SERAFÍN.—Vamos *(Vanse los dos por la izquierda.)*

TODOS.—*(Intentando detenerlos.)* ¡No, no!

SEÑÁ ANTONIA.—*(Furiosa, deteniéndolos a todos.)* ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Dejarlos! *(Se asoma Lucila a la taberna.)* ¡Dejarlo que lo escalabre!... ¡Quieto too el mundo! *(Volviéndose hacia donde se han ido.)* ¡Rómpale usté la cabeza a ese golfo, pa que escarmiente! ¡Zurre usté a ese granuja!... ¡Así te hagan trizas, so hambrón!... ¡Sinvergüenza!... ¡Fuerte, déle usté fuerte!

LUCILA.—*(Frenética de ira, sale de la taberna, se lanza hecha una hiena sobre la Señá Antonia y la agarra del moño, zarandeándola.)* ¿Que le dé fuerte? ¡Toma, tía perra! ¡Toma!

SEÑÁ ANTONIA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús!

CARMEN.—¡Ay mi madre!

SEÑÁ ANTONIA.—¿Pero quién?... ¿Quién ha sido?

LUCILA.—¡Yo!... ¡Yo he sido, tía gamberra!

SEÑÁ ANTONIA.—La arrastro. *(La sujetan.)*

LUCILA.—¡Azuzar a dos hombres pa que se maten!... ¡Tía asesina!, ¡tía chula! *(A los hombres.)* ¡Y vosotros, gallinas, que lo consentís!... ¡Cobardes!... ¡Granujas!... ¡Yo!... ¡Yo sola contra todos! *(Empieza a tirarles verduras del serón que dejó el Señor Balbino a la puerta de la taberna con una ira y una rapidez que los asusta.)* ¡Tomar, tomar, blancotes!

ISABEL.—*(Huyendo.)* ¡Ay mi mantilla! *(Se arma un escándalo monumental.)*

NOVIO.—¡Que me han dao con un tomate! *(Limpiándose la cara.)*

CARMEN.—¡Sujetarla!

TESTIGO 1.º—¿Pero quién se arrima?

MUCHOS.—¡Guardias, guardias!

LUCILA.—*(A unos Chicos que salen.)* ¡Ayudarme vosotros, chicos!

CHICO 1.º—¡Venga de ahí! *(Los Chicos empiezan a tirar también.)*

CHICO 2.º—¡Duro! *(Tirando.)*

SEÑOR BALBINO.—*(Que sale corriendo.)* ¿Pero qué es esto?

LUCILA.—¡Padre, duro con ellos!

SEÑOR BALBINO.—¡Vaya una menestra! *(Huyen todos chillando y corriendo.)*

LUCILA.—¡Cobardes! ¡Granujas! *(Tirando.)*

SEÑOR BALBINO.—¡Una boda con patatas!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Un lugar de las afueras de Madrid. En el telón, a la izquierda, se verá pintado un merendero cuya puerta es practicable. Sobre la puerta un emparrado, y debajo de él dos o tres mesas y algunas sillas de anea y banquetas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DUEÑO DEL MERENDERO y el CHICO. El DUEÑO retira el servicio de una mesa que acaba de ser abandonada por algunos parroquianos.

CHICO.—*(Sale por la derecha mirando hacia atrás con cara de asustado.)* ¡Anda diez!

DUEÑO.—¿Qué te pasa?

CHICO.—Naa..., dos que se están pegando ahí en un desmonte.

DUEÑO.—¿Por qué?

CHICO.—No sé; se conoce que venían desafiaos. Y uno le ha dao al más joven una de tortas que lo ha vuelto loco... *(Mirando.)* ¡Calle!... Si... ya han acabao de pegarse... y vienen pa acá.

DUEÑO.—Pues silencio. Nosotros, ande nos llamen. *(Entran los dos en el merendero.)*

ESCENA II

SERAFÍN y SEÑOR VALERIANO salen por la derecha, revelando cierta agitación en sus semblantes y con trajes algo descompuestos. SERAFÍN viene sacudiéndose la ropa, sucia de tierra, oprimiéndose los labios con un pañuelo y mirando a ver si tiene sangre. De cuando en cuando escupe. Trae un carrillo muy colorado.

SEÑOR VALERIANO.—*(Con su habitual tranquilidad.)* Bueno, yo, salvando su parecer, creo que las bofetás tienen un límite, pollo.

SERAFÍN.—*(Secamente.)* Lo que a usté le parezca. *(Se toca las narices con un pañuelo.)*

SEÑOR VALERIANO.—Lo de las narices es una ligera erosión. Tengo una mano... ¡que estoy más disgustao!... ¡Paece una piedra! ¿Conque me guarda usté rencor por los cachetes?

SERAFÍN.—A usté, no.

SEÑOR VALERIANO.—Pues entonces, después de la refriega, yo opino que debíamos darnos las manitas, como hacen los hombres.

SERAFÍN.—Me es igual. *(Se dan la mano.)*

SEÑOR VALERIANO.—Sí, señor; en medio de su desgracia, me ha sido usté simpático, joven. Es usté un hombrito de corazón, aunque no le acompañen las fuerzas; y ¡qué caramba! Eso no es naa; a su edad de usté me las han arreao a mí, que durante ocho días tenía que llevar las narices en equilibrio. Siéntese usté ahí. *(Señalando una mesa.)*

SERAFÍN.—No, gracias.

SEÑOR VALERIANO.—Que se siente usté, digo.

SERAFÍN.—Bueno. *(Se sientan los dos. Valeriano llama dando dos palmadas.)*

DUEÑO.—*(Sale.)* ¿Qué desean?

SEÑOR VALERIANO.—Dos quinces y un botijo.

DUEÑO.—En seguida. *(Vase al merendero.)*

SEÑOR VALERIANO.—Y ahora, cuando la traigan, se lava usted el carrillo con un poco de agua fresca; es mejor que el árnica.

SERAFÍN.—No, si no tengo naa.

SEÑOR VALERIANO.—Bueno, hombre; pero por si se infla espontaniamente. *(El Dueño sirve el vino y el botijo y vase.)* Beba usté. *(Ofreciendo un vaso de vino a Serafín. Beben unos sorbos.)*

SERAFÍN.—Gracias.

SEÑOR VALERIANO.—Y ahora, joven, aquí de sobremesa y antes de separarnos, quiero darle a usté como compensación de los mamporros cuatro consejos.

SERAFÍN.—Usté dirá.

SEÑOR VALERIANO.—*(Bebe un trago.)* Discreto pollo: es usté un chavalillo inexperto con el atolondro propio de la juventú y debe usté apuntarse esta máxima pa el resto de su vida. La mujer es como un sorbete: cuando se toma con mucho calor hace daño. Tóquese usté las narices y me dará la razón; y crea usté a un zorro viejo: no desafíe usté a nadie sin motivo, porque acalorao no mira usté el rótulo y, creyendo meterse en una confitería, a lo mejor le resulta una tahona. Llueven las tortas. Y no canso más. Respetive a lo de la Carmen, no sea usté niño. Yo, como ca quisque, poseo el espejuelo de mis atraztivos y lo manejo con la contumelia propia de una pestaña experimentada. ¿Que cae una alondra? No la voy a hacer ascos por miramientos al cazador vecino. Sería majadero. *(Se levanta.)* Conque cuatro cosas en total, joven; pacencia, serenidaz, agua fresca y... pague usté esas dos copas, que no lo voy yo a poner todo. Y venga esa mano. Sé que se queda usté amargao por dentro y por fuera; pero así he aprendido yo, y como el tiempo desinfla y tranquiliza, cuando pasen algunos días, pué que no tenga usté una mano más amiga que la que hoy le ha hecho a usté daño, bien a su pesar. Saiú. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA III

SERAFÍN; luego, LADISLAO. El DUEÑO DEL MERENDERO, durante la escena.

SERAFÍN.—*(Casi llorando.)* ¡Sí! ¡Me comen la vergüenza y la rabia!... ¡Pero ese tío tié razón! ¡No tié él la culpa; es ella!..., ¡ella!

LADISLAO.—*(Sale por la derecha azorado y jadeante.)* ¡Gracias a Dios! ¡Por fin doy contigo! *(Mira a todos lados.)* ¿Pero qué es esto?... *(Con burlona sorpresa.)* ¡Tú solo! ¡Solo con dos copas! ¡Tú meditamundo! ¿Y ese hombre, que no lo veo? *(Mira por debajo de las mesas y las banquetas, y luego dice a Serafín con voz siniestra y casi al oído.)* Serafín, ¿ande has echao los pedazos?

SERAFÍN.—*(Con desprecio.)* ¡Déjame en paz!

LADISLAO.—Oye, ¿pero qué tiés en la cara?... ¿Tú no habías pasao el sarampión?

SERAFÍN.—*(Llama y sale el Dueño del merendero.)* ¿Qué se debe?

DUEÑO.—Treinta céntimos.

SERAFÍN.—Ahí van. *(Paga y se levanta. Vase el Dueño llevándose las copas.)*

LADISLAO.—¡Recontra! De modo, que tras..., ecétera, apaleao y encima pagano.

SERAFÍN.—*(Furioso.)* ¡Cállate, o por mi salú que te dejo clavao!

LADISLAO.—*(Aterrado.)* Oye, tú...

SERAFÍN.—*(Separándose, dominado por una gran excitación.)* ¡Sí! ¡No tengo cara pa vivir mal mirao! Ahora irá ese tío, lo contará todo y se reirán de mí... Y se reirá ella de que me haigan abofeteao... ¡Ella más que nadie! Y luego, por donde voy, la burla y la chirigota... ¡No, no lo resisto; ella me ha engañao, pues contra ella! ¡La mataré! ¡Tengo derecho! ¡Hay que ser hombres! Adiós, Ladislao; voy a dar gusto a todos, y a ti

y a mí, y a los compañeros de taller y a las vecinas y al mundo entero.

LADISLAO.—Pero ¿qué dices?

SERAFÍN.—¡Adiós! *(Vase por la izquierda.)*

LADISLAO.—Oye, tú, y de paso dile a tu tío Balbino que ya lo cogeré yo a solas, que lo de esta mañana no me s'ha olvidao. *(Se sienta y da dos palmadas.)* ¡Merenderero!

ESCENA IV

LADISLAO y SEÑOR BALBINO.

SEÑOR BALBINO.—*(Que sale por la derecha, se acerca a la mesa.)* ¡Va!

LADISLAO.—*(Sorprendido y temeroso.)* ¡Caray!

SEÑOR BALBINO.—¿Qué desea el gorrión?

LADISLAO.—¿Usté? ¡Hombre, m'alegro! *(Levantándose; al mismo tiempo se sienta el Señor Balbino.)*

SEÑOR BALBINO.—No; que he venido, he visto la solfa que le han dao a tu amigo por seguir tus consejos, he visto que la cosa no pasaba a mayores, he permanecido nutral y aquí me tiés pa servirte.

LADISLAO.—Pues m'alegro, porque quería yo que arreglásemos la cuentecita de esta mañana.

SEÑOR BALBINO.—¿Tiés prisa en cobrar?

LADISLAO.—*(Amenazador.)* ¡Lo que tengo prisa es en mascarle la nuez a los que me falten, eso!

SEÑOR BALBINO.—*(Fingiendo miedo.)* ¡Oye, tú, Ladisladito, por Dios, que yo creo... *(Solloza.)* que no debías ensañarte con un pobre viejo!

LADISLAO.—*(Envalentonado.)* Y si tié usté miedo, ¿pa qué insulta usté, so maula?

SEÑOR BALBINO.—*(Llorando.)* ¡Hombre, no te enfades...; yo, ha sío en un pronto; y piensa que si

a mis años me haces así *(Le da un pescozón.)*, me tiras al suelo!... ¡Tenme lástima!

LADISLAO.—Oiga usté... *(Cogiendo el sombrero.)*

SEÑOR BALBINO.—No sabes el miedo que he pasao dende esta mañana..., porque yo decía, si esa fiera me encuentra, con el genio que tiene, y me da así na más... *(Le da un puñetazo.)* ¡me atonta!

LADISLAO.—Oiga usté, haga el favor de poner los ejemplos de palabra, ¿eh?

SEÑOR BALBINO.—Los viejos, hijo, ya no valemos pa na... Figúrate si con tu fuerza levantas el pie y me das de esta manera... *(Le da un puntapié.)*, pues me amargas.

LADISLAO.—*(Asustado.)* ¿Pero quiere usté hablar sin acionar?

SEÑOR BALBINO.—¡Yo es pa que me comprendas, hijo! De manera que tenme lástima y que no te se ocurra darme dos chuletas así... *(Le pega dos bofetadas.)*, ni tirarme encima de una silla, como un pingajo indecente... *(Le tira al suelo.)*

LADISLAO.—¡Pero qué es esto?

SEÑOR BALBINO.—*(Llorando.)* Ten lástima de un pobrecito anciano, hijo...

LADISLAO.—*(Furioso.)* ¡Eso le vale a usté, que es un viejo!

SEÑOR BALBINO.—¡Dios te lo pague, hijo! ¡Adiós, rico! *(Vase llorando.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Riberas del Manzanares. En los laterales izquierda, últimos términos, se ve la fachada posterior de un restaurante y un trozo de jardinillo correspondiente a él y circundado por una empalizada de listones unidos en forma de celosía. Esta valla, que constituye un ángulo recto, tiene un pequeño portoncillo, practicable, que da a la escena, en línea paralela a la casa. Por las ventanas abiertas del merendero sale la viva claridad de la luz eléctrica. En el telón de fondo se ven los pinares de la Florida, y en la parte derecha de la decoración un poético remanso del río, iluminado por la luna, que luce su claridad entre las copas de viejos álamos. Un puentecillo rústico da por el foro paso sobre el río. Sobre la orquesta se oye muy lejos la marcha de un tren, que pasa por la vía férrea próxima al lugar de la acción; las levísimas campanadas de un reloj muy lejano y los perdidos ecos de la canción de un viandante. Escúchase también el ladrido, casi imperceptible, de un perro de los que acompañan a los vigilantes de los lavaderos, y contrastando con estas perdidas notas de soledad y misterio se escuchan dentro del merendero el rasgueo alegre de las guitarras y la vibrante voz de un cantador de flamenco, que es jaleado con ruidoso entusiasmo.

ESCENA PRIMERA

CANTADOR, dentro.

Música.

Es la penita más grande
querer y que no te quieran;
quien quiere sin esperanza
conoce la pena negra.
¡Ay serrana mía,
por quererte a ti de veras
conozco yo esa penita!

ESCENA II

LUCILA sale por la izquierda, primer término, envuelta en un mantoncillo; se para junto a la empalizada y escucha las últimas notas de la canción flamenca, que termina con voces y aplausos, reinando luego el silencio.

Hablado.

LUCILA.—*(Admirada.)* ¡Buena voz! Paece un mixto de verderón. Debe ser Pepe el Trampas. Na, que no he marrao. Aquí está la boda del Guitarrero. ¡Jesús divino, qué día llevo! Dende la ensalá que armé esta mañana lo estoy pasando de ole. Primero cuatro horas en la delega por haberle deteriorao el crepé a la señá Antonia; así de que salgo, dejo a mi padre, me voy a ca la señá Quintina a ver qué había sido de Serafín, y me cuenta la pobre vieja, toa azará, que a las siete había llegao el susodicho joven con la cara como una pandereta, después de haber corrido too el barrio averiguando en qué merendero estaban celebrando la toma de dichos; y así de que llegó a casa escribió una carta, le dijo a la señá Quintina que se la llevase a su maestro si a las once de la noche no había vuelto, y apretó a correr. No se necesita ser un lince pa carcular las tripitas que traerá. Y yo, yo estoy que me deshago de nerviosa; tengo frío y calor, too a un tiempo, y me saltan las sienes. ¡Ojalá dé con él! Rondará el merendero... *(De pronto queda escuchando.)* ¡Sí!... *(Mira con atención.)* Uno se acerca. ¿Será él? *(Se oculta por la izquierda.)*

ESCENA III

LUCILA, oculta; SERAFÍN; después, CARMEN, SEÑOR VALERIANO, INVITADO 1.º e INVITADA 1.ª

SERAFÍN.—*(Apoyándose angustiado en la empalizada.)* ¡No me puedo tener en pie! Tengo el sudor helao y la boca amarga como una retama. Llevo dos horas esperando una ocasión, sin saber si entrar de repente u aguardar que salgan. Aguardaré: es más seguro. He querido irme cien veces, he probao y no puedo; cuando me separo de aquí paece que hasta las piedras me llaman gallina... Y en toas partes oigo lo mismo..., las mismas palabras, que ya se me han agarrao al corazón. ¡Te ha engañao! ¡Mátala! ¡Ties derecho!... Y yo no sé; no sé si tengo derecho u no, lo que digo es que me ciega la idea de que está con otro. Y así no puedo vivir. Sí. Esta noche acabará todo. *(Se oyen voces dentro del merendero.)* Salen... ¡Que no me vean! ¡Si fuera ella! *(Se oculta tras la empalizada.)*

CARMEN.—*(Dentro del jardinillo y como hablando con alguno del merendero.)* ¡Ja, ja, ja! *(Ríe.)* No, si no tardamos.

SERAFÍN.—¡Ella! ¡Por fin! *(Saca la navaja.)*

SEÑOR VALERIANO.—*(Dentro.)* No, un menuto. Vamos ahí, al lavadero del Quico, a ver si quié dejar venir a la chica, y verán ustés cómo baila las sevillanas. *(Salen por el portoncillo a la parte exterior de la escena Carmen, Valeriano, Invitada 1.ª e Invitado 1.º)*

INVITADA 1.ª—¡Oye..., qué noche hace; si paece de verano!

INVITADO 1.º—Da gusto.

CARMEN.—Yo estaba deseando de salir; me ahogaba ahí dentro con el humo de los cigarros *(Aparte, al Señor Valeriano.)*, y tenía gana de que hablásemos un ratito con libertá.

SEÑOR VALERIANO.—Y yo. Pero ¿por qué no has sacao el mantón?

CARMEN.—Si no tengo frío.

INVITADA 1.ª—Yo me le he puesto.

SEÑOR VALERIANO.—Póntelo, que por aquí siempre cae relente.

CARMEN.—Lo cogeré por darte gusto. *(Entra por el jardinillo al merendero.)*

INVITADA 1.ª—No tardes.

INVITADO 1.º—*(Desde el puentecillo.)* Mirar qué bonito hace desde aquí este pedazo del río con la luna. *(El Señor Valeriano y la Invitada 1.ª van a mirar.)*

INVITADA 1.ª—Qué hermosa es la noche, ¿verdá?

SEÑOR VALERIANO.—La noche y el día; cuando se está a gusto too es bonito.

CARMEN.—*(Saliendo.)* ¿Dónde están:... *(En este momento, Serafín, que se oculta tras la empalizada, va a lanzarse sobre Carmen con la navaja en la mano y se encuentra fuertemente detenido por Lucila, que al ver su actitud sale de su escondite sigilosamente, quedando en acecho tras él, hasta este momento en que le sujeta el brazo y le tapa la boca con la otra mano.)*

SERAFÍN.—*(Va a llamar.)* Car...

LUCILA.—*(Tapándole la boca.)* Chisss...

SERAFÍN.—*(Con voz ahogada.)* ¿Eeeeh?... ¿quién?

LUCILA.—*(En voz baja.)* ¡Silencio!

CARMEN.—*(Llamando.)* ¡Valeriano!

SEÑOR VALERIANO.—*(Desde el foro.)* Por aquí.

CARMEN.—*(Mirando hacia atrás al irse.)* Juraría que he oído moverse esas ramas. *(Desaparece por el foro.)*

ESCENA IV

LUCILA y SERAFÍN.

SERAFÍN.—¡Lucila! Pero ¿eres tú?

LUCILA.—Sí, yo; ¡yo mismita!

SERAFÍN.—Suelta..., suelta... *(Forcejean.)*

LUCILA.—No..., aguarda..., aguarda un momento. *(Al ver que ha desaparecido Carmen.)* Ya..., ya estás libre; ya pues guardarte esa navajita y salir. Y a too esto, mu buenas noches.

SERAFÍN.—*(Tembloroso y frenético.)* ¿Y tú a qué has venido?

LUCILA.—Naa, hombre, que como no te se ve el pelo por dengún lao y no tiés tiléfono, quería hablarte, y ¡velay!

SERAFÍN.—¡Vete..., vete y déjame, Lucila!

LUCILA.—Y ¡camará, cómo recibes; recibes que arañas! *(Restañándose con saliva un arañazo de la mano.)* Si lo sé, te dejo trajeta.

SERAFÍN.—Bueno, pronto; acaba y vete. ¿A qué has venido?

LUCILA.—¿Que a qué he venido? *(En voz baja, con ira.)* ¡Pues a llamarte asesino y cobarde!...

SERAFÍN.—¡A mí!

LUCILA.—¡A ti!..., ¡que querías asesinar a una mujer! *(Le sujeta el brazo.)*

SERAFÍN.—¡Lucila!

LUCILA.—¡Baja la voz!... ¡Sí, asesinarla!

SERAFÍN.—¡Tengo derecho!

LUCILA.—¿Derecho a matar? ¿A matar a una mujer porque no te quiere?... ¡Mentira!

SERAFÍN.—Suelta.

LUCILA.—No quiero. Ten paciencia. Alguna vez en la vida hay que oír a la razón, aunque moleste. El hombre no tié derecho a matar a una mujer nunca, Serafín, nunca; ni aunque le engañe. Así, en redondo. ¡Ni aunque le engañe! Piénsalo bien y verás que la mujer tié que engañar casi siempre. Como quiera a un hombre y lo diga con franqueza, la arrean un motecito que la apañan. Y si no lo quiere y lo dice, se expone a una puñalaíta. Te digo, chico, que esto de ser mujer se está poniendo más difícil que la cuestión de los quince.

SERAFÍN.—¡Bueno, déjame en paz! Tú eres una chica que no sabes lo que hablas.

LUCILA.—¿Que no sé lo que hablo?, ¿que no tengo razón?... Bueno, conformes; pero si yo no la tengo, menos la tienen esos chulos indecentes que

te aconsejan y que porque llevan un pantalón ceñido y unos tufos repeinaos, se creen amos de las mujeres, y jaleándose unos a otros, arrean por el mundo haciendo cisco a toda la que se les resista. ¡Pero eso sí, cuando ellos se cansan de una mujer, entonces chito! Pa eso son los amos. La pisotean y ahí queda eso. ¡A la basura!... ¡Ole los valientes! ¿Quién defiende eso?... ¿Quién?, ¡porque si lo dice la justicia, reniego de ella!, ¡y si lo dicen los hombres, los hombres que dicen eso no son hombres, Serafín! ¿Queréis que la mujer sea una esclava?..., bueno; pero entonces lo menos que se pué hacer es dejarla que escoja la cadena que más le guste. ¿No te parece?

SERAFÍN.—Yo no sé de eso que me dices; pero oye, Lucila *(Con amargura.)*: ¿cómo vive uno viendo su querer en otros brazos?

LUCILA.—¡Ay, mu remalamente, chico! Eso sí que lo sé yo por esperencia.

SERAFÍN.—*(Sorprendido.)* ¿Tú?

LUCILA.—¡Yo!... ¿Te paece raro, verdad? Pues sí, Serafín; yo he querido a un hombre más que a mi vida.

SERAFÍN.—¿Pero tú?

LUCILA.—Más que a mi padre, más que a naa en el mundo. ¡Y él, ni agua!

SERAFÍN.—¡No se lo habrás demostrao!

LUCILA.—Toos los días.

SERAFÍN.—¿Con palabras?

LUCILA.—¡Qué palabras! Lo que no dicen los ojos al mirar y las acciones buenas, ¿cómo lo van a decir los labios? Y ese hombre no ha reparao en ello ni pa agradecérmelo. Y yo callando y sufriendo le he visto irse con otra. Llorar y reír por ella, y en mis ratos de desesperación lo he pensao too, too... ¡Menos matarlo!..., porque él no tenía la culpa. El cariño lo escoge el corazón libremente y se quiere lo que se quiere, bueno o malo, sin saber por qué. Y por amor, Serafín, se sufre como yo he sufrido; se llora como yo lloro...; ¡pero no se mata! *(Llora.)* ¡No se mata!

SERAFÍN.—¡Lucila!

ESCENA V

DICHOS, SEÑOR BALBINO; luego, SEÑOR VALERIANO y CARMEN.

SEÑOR BALBINO.—*(Saliendo y poniendo la mano en el hombro de Serafín.)* Y sabes...

SERAFÍN.—*(Sorprendido.)* ¡Tío Balbino!

LUCILA.—¡Padre!

SEÑOR BALBINO.—¿Y sabes quién es el sujeto que ha matao la alegría de esa creatura?

SERAFÍN.—¿Quién?

SEÑOR BALBINO.—¡Tú!

SERAFÍN.—¿Yo?

SEÑOR BALBINO.—¡Tú!

LUCILA.—¡Padre, por Dios!

SEÑOR BALBINO.—¡Me da la gana decirlo! No está la nochecita pa miramientos; con que trae esa navaja *(Se la quita del bolsillo.)* y arrea pa tu casa.

SERAFÍN.—*(Resistiéndose.)* ¡Tío!

SEÑOR BALBINO.—*(Amenazador.)* Y cállate, si no quiés llevarte el melón en rajas; que lo menos que podemos pedirte es que sufras tú por ésa lo que ésta ha sufrido por ti, ¡con que andando!

SERAFÍN.—¡Es que me llamarán cobarde!

SEÑOR BALBINO.—Te aguantas. ¡Más vale paecer cobarde que ser asesino de mujeres! ¡Esa sí que es cobardía!... Y, además, mira... *(Aparecen en el fondo Carmen y Señor Valeriano cogidos del brazo muy juntos, hablándose amorosamente al oído. Quedan parados.)*

SERAFÍN.—¡Ellos!

SEÑOR BALBINO.—¡Ellos!... ¿Y ves ese cariño que es pa otro? ¡Pues ése no sería pa ti ni a navajazos! Conque ¿a qué pelear?...

SERAFÍN.—¡Sí...; tié usté razón! ¡Tié usté razón!... ¡Adiós!... ¿Por qué..., por qué no me habrá querido? *(Vase rápidamente frotándose los ojos.)*

LUCILA.—*(Con amargura infinita, abrazando a su padre.)* ¡Así, Serafín, así es como se quiere!... ¡Ay padre, cuántas veces he dicho yo esas mismas palabras; ¡por qué..., por qué no me habrá querido! *(Se escucha en el merendero la voz del Cantador que canta:)*

¡Es la penita más grande
querer y que no te quieran;
quien quiere sin esperanza
conoce la pena negra!

(Cae pausadamente el telón, mientras cantan la copla.)

FIN DE
«LA PENA NEGRA»